

El muy anciano Miguel Ángel, aquel que según su discípulo Ascanio Condivi (1553) era de buena complexión, de cuerpo carnoso y craso, de talla común, ancho de hombros, de proporciones más bien menudas, de faz redonda (de tal suerte que a partir de lo alto de la oreja, la frente desarrollada ocupa la mitad del óvalo), con sienas salientes, arqueadas un poco más que las orejas, y estas más que las mejillas, que avanzan sobre el resto, de suerte que su cabeza, en proporción al rostro puede ser tenida entre las grandes. El muy anciano Miguel Ángel, de nariz quebrada por el “brutal y arrogante” Torrigiano di Torrigiani, de labios delgados —el de abajo un poco más grueso y algo hacia adelante a quien lo mira de perfil—, de cejas poco espesas, de ojos más bien pequeños de color cuerno —pero mudables y salpicados de resplandores amarillos y azules—, de cabellos negros como la barba, partida en dos, a los que con la edad se le han mezclado pelos blancos, el muy anciano Miguel Ángel, cuando se le agotaba la vida, escribió una sentida *Canzon*:

*Nel corso de' mie' anni al segno sono,
Come saetta che al berzaglio è giunta,
Onde si dee quietar l'ardente foco
Amor, gli antichi danni a te perdono,
Cui ripensando il cuor l'armi tue spunta,
E più per nuova prova non hai loco.
Se de i tuo' strali ancor prendesser gioco
Gli occhi miei vaghi, il cuor timido e molle
Vorria quel che già volle:
Ond'or ti spregia e fugge, e tu te'1 sai,
Per vie men forza aver stanco ne' guai.*

*Tu speri forse per nuova beltade
Tornarmi indietro al periglioso impaccio,
Ove nè l'uom più saggio si difende?
Più certo è '1 mal nella più vecchia etade;
Ond' io sarei come nel fuoco ghiaccio,
Che si distrugge e sface, e non s'accende.
La morte in questa età sol ne difende
Dal fiero braccio e dai pungenti strali,
Cagion di tanti mali,
E per cui spesso, già salda ed immota,
L'altrui felicità volse la ruota [...]**

A esta *Canzon*, nacida del fuego apresado en el hielo, Miguel Ángel le ruega que si encuentra al Amor que se arma para hacerle la guerra, le imponga la paz, puesto que —“*il vencer chi già cadde è lieve gloria*”— vencer a quien ya cae es escasa gloria. Miguel Ángel, escultor, arquitecto, pintor... y poeta, cayó en Roma el 18 de febrero de 1564, el año en que murieron el emperador Fernando I y el reformador Juan Calvino; el año en que nacieron el cómico William Shakespeare y aquel Galileo Galilei que setenta años más tarde, ante el tribunal de la Inquisición, exclamaría golpeando con el pie en el suelo: “¡Y sin embargo se mueve!”; el año en que Bruegel pintó Los cazadores en la nieve, y en que Felipe II implantó los decretos del Concilio de Trento en los Países Bajos.

El día en que Miguel Ángel emprendió el camino siempre imaginado en el que la muerte entrega la tierra a la tierra —que recibe la mortal belleza de todo lo que vive— y el alma al cielo, se extinguió una era que había crecido con él y que se había inaugurado el 6 de marzo de 1475, año en que Marsilio Ficino publicaba *Teología platónica* y el papa Sixto inauguraba la Biblioteca Vaticana. En los 89 años, menos escasos días, que vivió el primero y uno de los más grandes —sino el más grande— de los genios de la historia del arte, el mundo empezó a moverse, no sólo en cuanto a las observaciones de los astrónomos sino también al vivir de las gentes.

Atrás quedó la Edad Media. Se alzaron los pilares sobre los que se asentó la modernidad, una modernidad que, como La Noche que Miguel Ángel esculpió para la Capilla Medici de San Lorenzo de Florencia, en ocasiones prefirió permanecer dormida antes que enfrentarse con las calamidades que se cernían sobre ella:

*Grato m'è 'l sonno, e più l'esser di sasso,
Mentre che 'l danno e la vergogna dura:
Non veder, non sentir m'è gran ventura;
Però non mi destar, deb parla basso.*

“Grato me es el sueño, y más aún el ser de piedra, mientras la desdicha y el oprobio duren”, respondió Miguel Ángel en nombre de La Noche al epigrama que Giovanni Strozzi dedicó a la estatua reclamando que alguien la despertara para que pudiese hablar. Mientras la desdicha y el oprobio duren, replicó La Noche, no me despiertes, ¡por piedad, habla bajo!

Joan Sureda

* “Al término de la carrera de mis años estoy, como saeta que al blanco ha llegado, por lo que debe apaciguarse el abrasador fuego. Te perdono, Amor, los antiguos daños, recordando los cuales el corazón tus armas embota, y ya para nueva experiencia no tiene sitio. Si mis ojos aún desearan jugar con tus dardos y el corazón, tímido y flojo, quisiera lo que antes anhelara: en cambio, ahora, tú lo sabes, te desdena y huye, pues menores fuerzas tiene, fatigado de sufrir.

¿Acaso aguardas que una nueva beldad otra vez me traiga al peligroso enredo del que ni el hombre más cuerdo se defiende? Más cierto es el daño en la edad más vieja; por lo cual seré como hielo en el fuego, que se destruye y deshace y no se enciende. En esta edad sólo la muerte ampara del fiero brazo y los punzantes dardos, razón de tantos males, y por los que a menudo la felicidad, ya firme y sólida, su giro tuerce [...]”.

Los autores que colaboran en este y cada uno de los volúmenes de SVMMA PICTORICA. HISTORIA UNIVERSAL DE LA PINTURA, son personalidades científicas de reconocido prestigio internacional en sus respectivos campos de estudio. Por ello, la dirección de la obra ha respetado en todo momento sus opiniones e hipótesis, aunque no las asuma o no coincidan entre sí las de unos y otros. Siempre que ha sido posible, en beneficio del lector se ha homogeneizado, sin embargo, la ortografía de los nombres y los topónimos, los títulos o temas de las obras artísticas y el sistema de las referencias bibliográficas, tanto las que se incluyen en el texto como las recogidas en la Bibliografía básica de consulta que se dispone al final de cada volumen. Los títulos de las distintas colaboraciones, la selección de ilustraciones y las leyendas que las acompañan son responsabilidad única de la dirección de la obra.